

2008

Novela e historia: la *Crónica de San Gabriel* y la hacienda Santa Clara de Tulpo

Lucila Castro de Trelles

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

de Trelles, Lucila Castro (Primavera-Otoño 2008) "Novela e historia: la *Crónica de San Gabriel* y la hacienda Santa Clara de Tulpo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 13.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/13>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

NOVELA E HISTORIA: LA *CRÓNICA DE SAN GABRIEL* Y LA HACIENDA SANTA CLARA DE TULPO¹

Lucila Castro de Trelles
Universidad Católica del Perú

La novela *Crónica de San Gabriel* del escritor peruano Julio Ramón Ribeyro salió publicada por primera vez en 1960, ganando ese mismo año, el Premio Nacional de Novela. Se la dedicó a una amiga, una estudiante belga llamada Mimi, con la cual mantuvo una relación amorosa muy intensa. La novela es un relato de ficción pero de corte autobiográfico. Cuando Julio Ramón tenía 15 o 17 años, pasó una estancia prolongada en una hacienda que administraba su tío, Abelardo Ravines, por parte materna. Esta se hallaba en un apacible y hermoso lugar de la sierra norte de Santiago de Chuco en el departamento de La Libertad. Las intensas emociones que le tocó vivir en el campo a este joven limeño, sensible y ciudadano, dejaron una huella indeleble en su memoria, que años más tarde, inspiraron la novela.

Sobre ella nos dice lo siguiente:

Escribí *Crónica de San Gabriel* cuando me encontraba viviendo solo en Munich (Alemania), sin saber alemán y en una pensión en donde era imposible comunicarse por desconocer el idioma, tampoco salía a la calle por el frío polar imperante... comencé pues a escribir para salirme del entorno en el que vivía, e imaginar todo el tiempo pasando unas plácidas vacaciones en la sierra peruana. Claro que no sabía entonces que escribía una novela, sino me divertía recordando algo ameno para olvidar algo adverso².

No voy a entrar en el análisis literario del tema de la novela, ni en sus diferentes lecturas o interpretaciones de sus personajes. Más bien nos centraremos en la información indirecta que nos ofrece el novelista sobre la

hacienda y que nos permitirá ahondar en temas sobre la peculiar historia de ella y el entorno que rodeaba a sus personajes. En ese sentido resultan muy valiosas, además de precisas y veraces, sus detalladas descripciones sobre el paisaje, la casa hacienda, el molino, los cultivos, la vida de hacendados y campesinos, el terremoto, el trabajo en las minas, las revueltas campesinas y la importancia del tungsteno en sus vidas. Cabe añadir, además que todos los lugares que menciona Ribeyro en *Crónica de San Gabriel*, salvo Tulpo y la mina, los hace con su nombre real, como Cachicadán, Santiago de Chuco, Angamarca, La laguna de Huamanbul, Trujillo y Lima. En ese sentido es fácil seguir la ruta de su viaje desde la capital a la sierra norte pasando previamente por una breve estancia en Trujillo.

Julio Ramón comienza su novela diciendo: *“En San Gabriel había demasiado espacio para la pequeñez de mis reflejos urbanos... Nada limitaba mis movimientos, a no ser la línea del horizonte”*³. El relato como hemos mencionado tiene mucho de autobiográfico, pero sobre todos, es la visión de un visitante urbano, limeño, a la provincia cuyo paisaje ejerce en él una extraña y bella fascinación. Y así lo menciona el mismo Ribeyro en un ensayo que escribió en 1953. Dice que la provincia ejercía un doble peso sobre los escritores: *“Pesa telúricamente sobre quienes han nacido en ella, y pesa como pintura, como novedad, como anécdota sobre quienes ha han visitado”*⁴. Los estudiosos del novelista coinciden en señalar que su visión de los Andes es distinta al acercamiento de aquellos escritores nacidos en la sierra como Ciro Alegría o José María Arguedas. Sin embargo su ojo observador le permitirá hacer el escrutinio de los abismos sociales y análisis de los personajes en el campo⁵.

En esta primera novela, Ribeyro nos mete paulatinamente en el mundo interior de las haciendas serranas del norte, de la década del 50 y 60. La novela se convierte en un testimonio fiel y preciso del reflejo de la vida diaria rural donde hacendados y campesinos, si bien comparten un mismo espacio, mantienen una tensión soterrada. Aquel lugar, aislado y descrito con tanto realismo mágico, es nada menos que la hacienda Santa Clara de Tulpo, hacienda del “común de los indios de Huamachuco” desde el siglo XVII al siglo XX. En sus inicios también se le conocía durante la colonia con el nombre de Andamarca⁶. El nombre de San Gabriel probablemente se lo puso Ribeyro por ser el patrono protector de la recolección del pueblo de Tulpo, patrono que luego los pobladores cambiarían por el de la virgen de Alta Gracia o Virgen del Carmen. El nombre Tulpo por otro lado, tiene un origen más bien prehispánico ligado al concepto de “teñir”⁷ según las gramáticas quechuas de Santo Tomás y González Holguín, por lo tanto vinculado al quehacer textil como veremos más adelante.

¿Porque una hacienda de indio?

La historia de la hacienda Tulpo como una “hacienda de indios”, es algo realmente inusual dentro de la historiografía colonial peruana. Desde 1602 la hacienda Santa Clara de Tulpo paso a ser propiedad de los indios de

Huamachuco por un problema de deudas impagas generadas por la “restitución”. Diego de Mora Manrique, sobrino de la encomendera de Huamachuco, Florencia Mora de Sandoval, les entregó los títulos de propiedad de la hacienda Tulpo a través de una escritura de compra-venta⁸. Los indios del repartimiento de Huamachuco poseyeron la hacienda durante doscientos cincuenta años con una breve interrupción finalizadas las guerras de la Independencia. La hacienda fue administrada al principio por funcionarios del virreinato y luego por arrendatarios que en subasta pública obtenían su derecho a ella por un período de cinco a seis años. En ella funcionó un obraje durante la colonia, que la hizo atractiva a los arrendatarios que comercializaban con lana, ropa y telas. Luego con el inicio de la república y la creación del colegio nacional San Nicolás de Huamachuco en 1860, se destinaron las rentas de la hacienda de Tulpo para la manutención del colegio, creándose una junta de vigilancia para su buen funcionamiento. El colegio San Nicolás de Huamachuco fue el encargado de continuar con los remates públicos de los arriendos de la hacienda Tulpo, hasta que en 1972 la reforma agraria, decretada por la dictadura del General Velasco Alvarado, expropió la hacienda y se la entregó a los campesinos parceleros que la venían trabajando desde antaño.

Aparentemente para los indios de Huamachuco, ser propietarios de esta hacienda durante la colonia, los ayudó en el pago de sus tributos, pero la situación estuvo lejos de favorecerlos. Las obligaciones que tenían con los arrendatarios fueron muy onerosas tanto en los subarriendos de las parcelas como en el cuidado y pastoreo del ganado, aparte de los compromisos que tenían que cumplir al interior de la hacienda. Todo ello contribuyó a crear una situación más de explotación de los indios como veremos más adelante.

¿Cuales eran las características de la hacienda Tulpo o de San Gabriel según la novela?

La extensión geográfica de la hacienda Tulpo era inmensa. Abarcaba los actuales distritos de Mollepata y Mollebamba de la actual provincia de Santiago de Chuco. Colindaba con la hacienda Angasmarca, que era más grande aún, por el norte y oeste; por el sur con el río Tablachaca, afluente del Santa, y por el oeste con Puyallí, el río Sarín y el río Marañón. La hacienda tenía alrededor de 75,000 hectáreas y su riqueza estaba en los pastos, majadas, abrevaderos, ideales para desarrollar una gran actividad ganadera⁹. Así mismo tenía algunas tierras buenas de cultivo de maíz, cebada trigo y papa.

La casa hacienda de Tulpo era el lugar más importante de la hacienda. Era el centro de toda la vida rural donde se hacían las transacciones comerciales, donde se realizaba el conteo de las cosechas y sobre todo, el lugar donde se reunía todo el ganado y se hacía el conteo de más de 10,000 cabezas de ganado. Julio Ramón Ribeyro se detiene en descripciones nostálgicas sobre la antigua casa hacienda de Tulpo. La menciona como una construcción enorme que parecía un verdadero “fortín amurallado”, con

lajas en sus claustros y arquerías que rodeaban el patio central.

Sus gruesas paredes silenciosas, la penumbra de sus corredores, ejercían sobre mí un hechizo singular. Esa construcción debía ser muy antigua, databa probablemente de la época de la colonia. El piso era de ladrillo, las puertas estaban gastadas y lustrosas por el uso. Muchas generaciones de terratenientes debían haberse sucedido bajo este techo¹⁰.

Hemos encontrado un documento de 1739, sobre la entrega de títulos de la hacienda Santa Clara de Tulpo al nuevo administrador, en el que se detalla con mucha minuciosidad todos los bienes que eran parte de la hacienda. Este listado incluye desde el ganado recibido, hasta los detalles pormenorizados del inventario de la casa hacienda y de la Iglesia de Tulpo. Sobre la casa hacienda la menciona con varias casas anexadas: la casa principal con diversos salones y cinco cuartos con sus terrados y ventanas cubiertas de ichu, una caballería con su pesebre, mobiliario, alcobas, terrado, y el obraje con sus almacenes¹¹. Las descripciones de Ribeyro coinciden plenamente con lo descrito en los documentos.

La casa hacienda y en general todo el pueblo de Tulpo, se hallaban contruidos sobre un plano ligeramente inclinado. Por ello nos es de extrañar las menciones de que la casa hacienda se anegaba¹². Descripciones bastantes austeras del interior de la casa, pero que corresponden a la realidad de ser una hacienda de indios que se alquilaba.

La foto que aparece en la carátula de la novela *Crónica de San Gabriel*, en la edición de 1975, no corresponde a Tulpo, sino a una hacienda cuzqueña según nos relatará personalmente el editor Carlos Milla Batres. Sin embargo su aspecto arquitectónico debió ser parecido a ella por las descripciones actuales de los campesinos más ancianos y del mismo Julio Ramón Ribeyro. Por esa época, el ichu de sus tejados debió ser reemplazado por las tejas que es lo que se observa actualmente en todo el pueblo Tulpo.

El terrado, o ático, parece haber atraído mucho al novelista que también lo describe minuciosamente.

Entre el cielo raso de las habitaciones y el tejado de la casa había un extenso recinto por donde era necesario caminar agachado para no romperse la cabeza contra las vigas del techo. Allí guardaban semillas, granos, forraje, viejos arneses, cosas inservibles. Unas pequeñas ventanas que daban sobre el camino, permitían el ingreso de la luz. Aquel lugar, que servía de depósito y de granero, era llamado por todos el terrado¹³.

Actualmente todavía podemos observar en Tulpo los gruesos muros de adobón que rodeaban a la casa hacienda formando un rectángulo. En su interior se halla un gran patio o pequeña plaza que Ribeyro llamó también claustro, y que debió ser el centro de las reuniones de toda la población indígena. En ella se separaban las cosechas por su tamaño y calidad, para

luego ser encostaladas, pesadas y guardadas en los depósitos según su propia descripción. Esas mismas actividades debieron darse también desde los tiempos coloniales. Hoy esa plaza está convertida en un campo verde de fútbol. Los tres portones grandes de madera que menciona Julio Ramón, que tenía en sus tres lados, ya no existen y se puede entrar libremente a la plaza. Los galpones que antes debieron ser parte del obraje colonial, siguen fraccionados y ahora están convertidos en numerosas viviendas para los campesinos y en otro ambiente existe un comedor popular llamado Florencia Mora de Sandoval.

Al costado de la casa hacienda se encuentra todavía en pie, la capilla de Tulpo que Ribeyro sólo menciona cuando habla del terremoto que describe con mucho realismo transmitiendo el terror vivido cuando el campanario se desplomó “hasta hacerse polvo”.

El griterío que hacían las indígenas era espeluznante... El perfil de los cerros parecía desdibujarse y una espesa polvareda rodaba por las faldas... La primera pared en derrumbarse fue la carpintería... El ruido desaparecía por momentos para renacer súbitamente y redoblar nuestro terror... La polvareda descendía de los cerros, se dispersaba por el aire y se proyectaba hacia la casa en grandes remolinos. El portal de la cuadra se desplomó y los caballos aparecieron relinchando... ...El último zamacón inclinó el campanario de la capilla. Todos vimos como lentamente se iba proyectando hacia un costado, sin perder su forma, hasta hacerse polvo contra el suelo¹⁴.

Efectivamente en 1946 sucedió un terremoto en Ancash que comprometió severamente la sierra norte mientras que en Lima apenas se sintió un leve temblor. El terremoto afectó seriamente la casa hacienda y la iglesia de Tulpo. Cuando estuvieron en pleno trabajo de refacción de lo derruido, cuenta Ribeyro que llegó el primer chiste de Lima, en el que se decía que los japoneses les habían enviado un terremoto como represalia a los asaltos cometidos poco antes contra sus pulperías. Efectivamente estos ataques a las propiedades japonesas ocurrieron en el Perú por esa época.

Las cocinas en las haciendas siempre han sido un lugar de gran efervescencia y punto de encuentro de las gentes que habitan la hacienda. Dice Ribeyro que ahí pasaba largas horas contemplando el trajín de dos cocineras indias, gordas y gemelas, mientras desplumaban un pollo o hacían manjar blanco. Menciona que en ese lugar:

... comprendía la majestad que tienen las cocinas de la provincia en el dominio de la leyenda, su piso de tierra, sus espesos aromas, sus paredes ennegrecidas por cientos de años de uso...¹⁵.

El agua llegaba a la casa hacienda en los años 50, a través de una acequia de madera que la traían desde la hermosa laguna de Huamanbul, hoy propiedad de la comunidad de Tulpo. Ribeyro nos cuenta que el acueducto

era de madera y “*volaba sobre las quebradas y los caminos, sostenido sobre altos postes de eucalipto*”¹⁶. Probablemente existía desde épocas coloniales pues el agua era fundamental para el funcionamiento existía desde épocas coloniales pues el agua era fundamental para el funcionamiento del Obraje Este acueducto llegaba hasta el molino, situado en una cuesta cercana de la casa hacienda y que funcionaba produciendo un ruido y temblor que se escuchaba hasta cien metro de distancia. Según él era uno de los lugares más hermosos de la hacienda. Sus compartimientos estaban: “*atestados de sacos de trigo y la harina blanqueaba sus paredes*”. Gracias a estas descripciones pudimos ubicar al molino en la hacienda Tulpo. Realmente un sitio hermoso, lleno de frondosos y añejos eucaliptos desde cuya cuesta se tiene una vista espléndida del valle. Lamentablemente el lugar estaba totalmente destruido producto de un atentado terrorista de sendero luminoso en la década del 80. Sin embargo, como resistiéndose a morir, quedaban todavía algunos muros blancos, testigos de su existencia. Del acueducto de madera no había rastro alguno. Este había sido reemplazado por una acequia de cemento que venía de lo alto sostenido en el aire por pilotes de concreto hacia un tanque de cemento. En la hacienda cuando alguien quería bañarse, no dice Julio Ramón, había que advertirlo con tiempo, pues era preciso calentar unos cubos de agua para llenar el tonel de madera, pero él prefería irse al río donde veía el cerro de la Cruz cuando se echaba de espaldas a dar unas brazadas.

Las descripciones de los baños en el río y del paisaje del cerro la Cruz resultan tan hermosas como ciertas. Dice Ribeyro que el cerro era uno de los picos más altos del valle y quedaba a una distancia apreciable. Había que descender hasta el riachuelo y luego a través de un estrecho y pedregoso sendero, subir la cuesta llena de cactus y retamas. El cerro mencionado es el cerro de Altuganda que tiene 3,424 metros de altitud con tres picos a lo largo de su cima. Nosotros hicimos ese trayecto, fielmente descrito, a caballo durante una hora y media hasta llegar a la cima. De ahí efectivamente se tiene una magnífica vista donde se divisan:

Bosque colgantes de eucaliptos, poblados perdidos, senderos rojos, sierras coronadas por la nieve y hacia el oriente una meseta oscura que se perdía en el horizonte. Debía ser la montaña, el trópico, el valle del Marañón¹⁷.

En el extremos más hacia el norte del cerro Altuganda, hay un complejo arqueológico muy interesante, que hasta el momento no ha sido estudiado. No sabemos si son restos incaicos o preincaicos pero debieron albergar a una numerosa población por la gran cantidad de pequeñas construcciones que se observan llenas de batantes y morteros. Pensamos que en Tulpo, quizás en el cerro de Altuganda, funcionó un centro textil importante durante el imperio incaico. Sabemos, por los testimonios de los curacas de Pallasca, recogidos en un extenso documento sobre pleitos de tierra entre los

arrendatarios de Tulpo y Juan Baptista Narváez, dueño de la estancia de Mollepata, que en tiempo de los incas se instalaron ...cumbicamayoqs y chontacamayoqs en la región de Mollepata y sus alturas¹⁸.

La presencia de tejedores cumbicamayoqs y pastores Huayacuntus para cuidar el ganado, el nombre de Tulpo ligado a los tintes y la existencia de un resto arqueológico en Altuganda, no hacen sino reforzar la hipótesis de Tulpo como un gran centro textil prehispánico. De hecho su tradición textil fue determinante para que en la época colonial se creara en ese lugar, el Obraje de Tulpo que hemos visto funcionó dentro de la antigua casa hacienda.

Pero volvamos a la historia colonial de Tulpo y veamos como se producen los arrendamientos de esta hacienda de indios para comprender porque era administrador de San Gabriel el tío de Julio Ramón Ribeyro.

Cuando en 1602 la hacienda pasó a ser propiedad de los indios de Huamachuco, el corregidor de Cajamarca, en coordinación con el Protector de los naturales, se encargaban de nombrar a los administradores para el manejo de la hacienda. Luego como los indios de Huamachuco estuviesen descontentos de este sistema por el incumplimiento y malos manejos de sus administradores, pedirán al virrey que ésta se arriende por un tiempo de 5 a 6 años, con el compromiso de entregar 44 mitayos para el pastoreo del ganado, que se pague el monto en dos parte cada año, y que cuando se haya culminado el arrendamiento se deje el ganado que se haya multiplicado. El virrey Marques de Guadalcázar autorizó el 23 de Abril de 1625 el arrendamiento y otorgó la licencia para este efecto¹⁹. Se indicó que el arrendador debía pagar los jornales de los mitayos; que el corregidor de Cajamarca se encargaría de hacer el remate público de arrendamiento y luego la posterior entrega de la hacienda al ganador²⁰. Con estas reglas de juego se dio inicio a una larga lista de arrendatarios y nuevos administradores que pasaron por Tulpo durante 350 años. Los motivos que tuvieron para alquilarla fueron diversos pero podemos resumirlos en los siguientes: el interés por la lana y desarrollo del ganado ovejuno; la comercialización de piezas producidas por el obraje; el acceso a la mano de obra indígena para los cultivos de los ingenios azucareros en la costa, y por último, el interés de los mineros en obtener madera para sus minas junto con alimento y mano de obra²¹. Estos dos últimos puntos los menciona Julio Ramón Ribeyro en su novela, y los veremos mas adelante.

En la época en que Julio Ramón visitó la hacienda Tulpo, ésta había sido alquilada por el colegio San Nicolás de Huamachuco a la empresa minera de don Fermín Málaga Santolalla quien era pariente lejano de Julio Ramón²². Además de prominente minero, don Fermín Málaga fue diputado durante veinticinco años de la provincia de Cajabamba y junto con Tulpo tenía alquilado otras haciendas de la región porque le interesaba por sus proyectos mineros.

Las empresas que alquilaban la hacienda Tulpo, subarrendaban a su vez la tierra, entregando diversas parcelas a los numerosos campesinos que habitaban la extensa hacienda. El pago por este subarriendo lo hacían generalmente los campesinos trabajando un tiempo en las minas y otro tiempo en las haciendas azucareras de la costa. Por esos años había una carencia importante de mano de obra. Por ello afirmo que los campesinos de Tulpo a lo largo de su historia pasaron de cumbicus con los Incas a mitayos y obrajeros durante la colonia y a mineros durante la etapa republicana.

Durante la época en que transcurre la novela, las empresas mineras buscaron desesperadamente la madera para construir sus socavones y túneles de las minas de Pasto Bueno, Tamboras y Consuso que explotaban fundamentalmente el tungsteno. Este mineral, que fue también motivo de una novela por parte de César Vallejo, en la época de la guerra con Corea, había adquirido precios exorbitantes por su gran resistencia al calor, pero cuando la guerra parecía terminar, el precio empezó a bajar en forma alarmante. Ribeyro menciona la preocupación que cundía en la hacienda por estas noticias que habían aparecido en el periódico.

Otro episodio relacionado a las minas fue la tala de cuatrocientos eucaliptos destinados a la construcción de la represa que estaba haciendo la compañía minera. *De unos troncos hacían leña. Otros se los llevan enteros para la represa que construía su patrón. Se los llevaban a pulso por las quebradas, como las hormigas que arrastran una oruga*²³. Es importante señalar que una de las cláusulas del remate para arrendar la hacienda Tulpo, era el compromiso del arrendador de plantar 6,000 plantas de eucaliptos²⁴. Por eso en muchas zonas de la región observamos viejos eucaliptos que se originaron en aquella obligación que tenían los arrendatarios de Tulpo. Lamentablemente en los últimos tres años, hemos observado con preocupación que muchos de esos bosques añosos están siendo arrasados ante una tala indiscriminada. Los campesinos venden sus bosques a precios irrisorios ante la creciente demanda de madera por parte de los asientos mineros informales que han proliferado por toda la región.

Según la novela, Julio Ramón realiza un viaje a una mina fuera de la hacienda donde pasará algún tiempo. En esos lares, describe con bastante realismo la vida en las barracas entre la coca, el aguardiente de los trabajadores y el desorden en el trabajo.

La mina era pequeña y en ella trabajaba una cuarentena de obreros, todos indígenas de la región. Los métodos de trabajo eran rudimentarios y el mineral se extraía a golpe de barreta. No había estatutos ni horarios de ningún género. Cuando el sordo se despertaba jalaba una cuerda que pendía en su cabecera y una campana resonaba en el exterior. Al cuarto de hora salía para ver si los peones estaban listos. A los retrasados se contentaba con insultarlos o con amenazarlos con no pagarles su jornal.

Por la tarde el trabajo se suspendía según el estado del tiempo, o lo que era más imprevisible, el humor del capataz. Si ese día le dolían los muñones o la añoranza de Lima era más poderosa, podía oscurecer antes de que sonara la campana.

Por último relata un episodio de rebelión de los mineros que lo lleva a reflexionar e intentar un análisis social sobre la condición de vida de los campesinos y mineros. Narra como éstos se presentaron en el patio de la hacienda y molieron a palos al capataz, produciéndose una lucha gigantesca que obligó a cerrar los portones del patio para que nadie escapase. La sublevación terminó con los revoltosos encerrados en la prisión de la hacienda.

Fue sólo después, en el curso de los interrogatorios, al ver a Parián inmovilizado en la cárcel con las costillas fracturadas, cuando comencé a dudar de la legitimidad de aquella victoria. Yo no aprobaba esa sublevación, pero era capaz de comprenderla. En ella había algo de desesperado, de heroico y al mismo tiempo de necesario. Lo que más me extrañaba era que no se hubiera producido antes. Los indios eran indolentes, aceptaban su suerte con una resignada fatalidad, pero al influjo de circunstancias, donde intervenían la embriaguez y la ira acumulada, la conciencia de su destino y el instinto de su fuerza, se volvían osados y eran capaces de las más feroces represalias²⁵.

Sus cuestionamientos sobre la conducta de los campesinos van a estar latentes en varios pasajes de la novela. Resulta interesante el episodio que narra Julio Ramón cuando en un acto de generosidad decide darles clases de historia, geografía y botánica a sus primos que vivían aislados en la hacienda. El razonamiento sencillo de uno de ellos parece haberle impactado y desconcertado sobremanera acerca del deterioro del indígena actual comparado a su poderío en tiempo incaicos.

En una de estas clases hablando del imperio de los incas, Alfredo me preguntó si esos indios que trabajan en la hacienda eran los mismos que habían constituido tan poderoso reino, y al responderle yo que sí, él sostuvo que era imposible, porque los indios de antaño eran guerreros fuertes, sanos, alegres, y los de ahora, en cambios, estaban llenos de piojos, no tenían zapatos y solamente comían papas y quinua. Yo quedé desconcertado, sin saber qué contestarle. Días más tarde pensé sobre este asunto con mis tíos. Mis preguntas les parecieron escabrosas, pues se limitaron a darme respuestas vagas o tontas²⁶.

Estas son algunas de las apreciaciones de Ribeyro que aparecen salpicadas en la novela sobre la condición sumisa del indio, la pobreza, la injusticia y el maltrato en sus trabajos, así como también el abandono y dejadez de sus personas. Y como una predicción de Julio Ramón al hablar sobre la osadía

y represalias que podrían tener los campesinos, habría que recordar que en la década del 80 con el predominio de Sendero Luminoso que sembró el terror y la desolación en el Perú, toda esa región fue declarada zona roja. La mayoría de las casas de las haciendas vecinas fueron incendiadas y dinamitadas, y durante varios años muchos de los caseríos de la antigua hacienda Tulpo fueron controlados por los terroristas. Hoy en día, la tranquilidad ha vuelto a la región. Los campesinos cultivan sus parcelas y se autoabastecen precariamente; los tejedores cuando no están en el campo siguen fabricando hermosos tapices de lana. Pero nuevamente, como cíclicamente ha ocurrido en la región, otra fiebre minera se ha desatado en la zona tulpina. Los precios altos de los metales ha traído como consecuencia la apertura y reapertura de minas, formales e informales, que han generado una gran oferta de trabajo por lo que muchos campesinos de la región se han ido a trabajarlas, esperamos que en mejores condiciones que antes.

A través de estas páginas hemos querido hacer el derrotero de la novela a la historia, de la *Crónica de San Gabriel* al mundo real de la hacienda Tulpo. Hemos recurrido a diversas fuentes y documentos, escritos y orales, literarios e históricos, para adentrarnos y conocer algo de la historia de las gentes que convivieron con Julio Ramón y le sirvieron de inspiración para su *Crónica de San Gabriel*.

NOTAS

- 1 Resumen de la Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de Etnohistoria 2008, Simposio 4 Memoria e historia. Arte, cultura y políticas del recuerdo.
- 2 Ribeyro 1969.
- 3 Ribeyro 1975: p. 11.
- 4 Coaguila 2006: 2, quien cita un ensayo de Ribeyro «Lima, ciudad sin novela» de 1953.
- 5 Elmore 2008.
- 6 "... Sepan cuantos esta cara de poder vieren como yo Juan Alonso Truxillo residente en esta provincia de Guamachuco estanse al presente en esta estancia de Andamarca por otro nombre Tulpo...", en ARC Jerónimo de Espinosa, 1602. Testa que hizo don Diego de Mora en la estancia de Andamarca, fol. pp. 191-195.
- 7 Santo Tomás 1952: 216; González Holguín 1952: 345. Los otros vocablos que

presenta Holguín son los siguientes: tullpuni (teñir sin fuego o sin cozer), tullpina (tintes o lugar donde se tiñe), tullpurayon (estarse tiñendo), tullpucamayoc (tintorero).

8 Ver ARC Gerónimo de espinoza, 1,1602, 12, folios 191-195, Testa desta que hizo don Diego de Mora de la estancia de Andamarca; ver Castro de Trelles 2005: pp. 46-47.

9 Para realizar el mapa hemos consultado los archivos coloniales de AGCPH y los documentos del PETT.

10 Ribeyro 1975: p. 93.

11 ARC leg. 124, 1739, folios 2v/3r, Títulos de la entrega de las haciendas Santa Clara de Tulpo y Yamobamba al nuevo administrador Lucas Monzón Aguirre.

12 “ – Ytem dos lampas de yerro que compró el dicho Francisco de Palacios para el reparto y servicio de la casa desta estancia porque se anegaba” en ARC, leg. 14, 1626, fol. 92.

13 Ribeyro 1975: p. 53.

14 Ribeyro 1975: pp. 142-144.

15 Ribeyro 1975: p. 49.

16 Ribeyro 1975: p. 105.

17 Ribeyro 1975: p. 19.

18 Castro de Trelles 2005: p. 36. Ver los testimonios de los curacas de Pallasca sobre los cumbicus en ADT, Legajo 207, Expediente 1507, fol. 4v-8r.

19 Zevallos Quiñónez 1995: p. 195, quien cita ADT Judicial leg, cuad. 744.

20 ARC Leg, 1626 folios 12.

21 Ver Castro de Trelles: 2005: pp. 65-73. Existía una enorme documentación sobre los arrendatarios de Tulpo en los depósitos del Colegio San Nicolás de Huamachuco. Lamentablemente la llegada inoportuna de un director, convirtió esos valiosos documentos en una gran hoguera. Son muy pocos los documentos que se han salvado.

22 Ver Escritura de Arrendamiento de la Hacienda Tulpo, 1953 en ACSNH.

23 Ribeyro 1975: p. 173.

24 Archivo de Colegio San Nicolás de Huamachuco, Escritura Pública 1953. Ver la escritura de arrendamiento: “El locatario se obligará a sembrar en el fundo seis mil plantas de eucaliptos las que implantará desde el primer año de locación, esto es razón de un mil plantas por años.”

25 Ribeyro 1975: p. 104.

26 Ribeyro 1975: p. 59.

MANUSCRITOS

Archivo del Colegio San Nicolás de Huamachuco (ACSNH)

ACSNH

1953

Escritura Pública de sobre Arriendo de Hacienda Tulpo.

Archivo Departamental de Trujillo (ADT)

ADT

leg. 207

exped. 1507

1687. cuad. 1, folios 1-.149; cuad.

2.131. cuad. 2 folios 11-19

cuad. 3 folios 01-55

Expediente de Juan Baptista Narváez y herederos, sobre los linderos de la estancia de Mollepata y la hacienda Tulpo de la comunidad de los indios de Huamachuco.

Archivo Gilbert Chauny de Porturas Hoyle (AGCHPH)

AGCHPH

1797

fol. 9

Expediente sobre los límites de la hacienda Angasmarca y la hacienda Santa Clara de Tulpo.

AGCHPH

1819

Fol. 13

Inventario de los bienes de Pablo del Corral: Hacienda Calipuy, Angasmarca, Tulpo y Yamobamba.

Archivo General de la Nación (AGN)

AGN

Derecho Indígena

1594

c. 37, leg. 3

fol. 7

Real Provisión de Hurtado de Mendoza a Florencia de Mora y Escobar, encomendera de Huamachuco.

AGN,

Superior Gobierno IV

cuaderno 68

Merced del virrey conde del Villar a Florencia de Mora de 50 mitayos.

AGN,

leg. 5
cuaderno 68
1605
fol. 16

Autos que dio Diego de Mora Manrique sobre indios mitayos y traslado de ganado de Andamarca a estancia de Porcón cuando cedió aquella estancia los indios de Santiago de Chuco en compensación de ciertas sumas que les adeudaba.

Archivo Regional de Cajamarca (ARC)

ARC
Jerónimo de Espinosa
1602
fol. 191-195

Testa que hizo don Diego de Moran en la estancia de Andamarca.

ARC
leg. 4
1611
fol. 131

Provisión del Virrey Marqués de Montesclaros. Los caciques la provincia de Huamachuco solicitando ante el corregidor y virrey se tomen cuentas de las tierras de comunidad de Huamachuco.

ARC
leg. 14
1626
folios 112

Inventario de bienes de las estancias de Tulpo y Yamobamba pertenecientes a la comunidad de Huamachuco.

ARC
leg. 124
1739
fol. 11

Títulos de la entrega de las haciendas Santa Clara de Tulpo y Yamobamba al nuevo administrados Lucas Monzón de Aguirre.

OBRAS CITADAS

Castro de Trelles, Lucila. 1992. "Estudio preliminar y notas" *Relación de la religión y ritos del Perú hecha por los padres Agustinos*. Fondo Editorial PUCP. Lima.

Castro de Trelles, Lucila. 2005. "Los tejedores de Santiago de Chuco y Huamachuco, de cumbicus a mitayos, obrajeros y mineros". Minera Barrick. Lima.

Castro de Trelles, Lucila. (en prensa). *La hacienda Angasmarca (La Libertad) XVI-XX. Del esplendor colonial al ocaso y la barbarie*. Lima.

Coaguila, Jorge. 2006. *Una temporada en la sierra/Crónica de San Gabriel (1960) de Julio Ramón Ribeyro*. jcoaguila.blogspot.com/2006/01/una-temporada-en-la-sierra-crónica-de.html - 74k.

Elmore, Peter. 2008. *La estación de los hallazgos. Arguedas y Ribeyro, dos novelas*. El Comercio, 30/3/2008.

Gonzalez Huguin, Diego. 1952. *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Qquichua o del Inca*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Universidad Mayor de San Marcos. Lima.

Malaga Santolalla, Fermín. 1907. "Recursos minerales de la provincia de Huamachuco. Informaciones de carácter general". En: *Boletín del cuerpo de Ingenieros de minas del Perú*. N° 51. Ministerio de Fomento. Lima.

Malaga Santolalla, Fermín. 1954. *El Tungsteno en el Perú*. Boletín de la Sociedad Geológica del Perú. Lima.

Malaga Santolalla, Fermín. 1961. *La Historia de mi vida*. Texto Mecanografiado. Lima.

Mendoza, Samuel R. 1951. *Monografía de la provincia de Santiago de Chuco. En el cincuentenario de su fundación, 3 de noviembre de 1900-1950*. Editorial del CIMP. Lima.

Ribeyro, Julio Ramón. 1969. *Crónica de San Gabriel*. Ed. Universitaria. Santiago de Chile.

Ribeyro, Julio Ramón. 1975. *Crónica de San Gabriel*. Biblioteca de Autores Peruanos. Tomo XIX. Edición Milla Batres. Lima.

Santo Tomás, fray Domingo de. 1952. *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Qquichua o del Inca*. Editado por Raúl Porras Barrenechea. Edición del Instituto de Historia de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima.

Zevallos Quiñones, Jorge. 1992. *Cacicazgos de Trujillo*. Edición de la Fundación Alfredo Pinillos Goicochea. Trujillo.

Zevallos Quiñones, Jorge. 1996. *Los Fundadores y Primeros Pobladores de Trujillo del Perú*. I-II Edición de la Fundación Alfredo Pinillos Goicochea. Trujillo.